

La peregrinación al santuario de Guadalupe en la ciudad de Guanajuato

Ma. L. Laura Zaldivar*

RESUMEN: *El artículo presenta algunos antecedentes sobre el culto guadalupano, en general, y una descripción de la festividad que se realiza en la ciudad de Guanajuato, esto con el propósito de encontrar vínculos posibles entre las creencias populares y las manifestaciones del arte popular.*

ABSTRACT: *The article presents some background studies for the cult given to the virgin of Guadalupe in general terms, and a description of the festivities that take place in the city of Guanajuato. The latter with the purpose of searching possible links between popular beliefs and the manifestations of popular art.*

El registro de la festividad de la virgen de Guadalupe el 12 de diciembre en Guanajuato, es un resultado parcial del proyecto que sobre las creencias en los sectores populares de la población se ha realizado en esa ciudad, con el propósito de encontrar los vínculos que puede haber entre éstas y las manifestaciones del llamado arte popular. Sin entrar en la polémica sobre las definiciones de lo que se considera arte y religión popular, se intenta hacer una descripción de la festividad guadalupana en esta ciudad, siguiendo a Gilberto Giménez cuando afirma que las “prácticas religiosas consideradas en sí mismas son inmediatamente significantes”. [Giménez, 1978:21]

La ciudad de Guanajuato, capital del estado del mismo nombre, se localiza en la parte central de la República Mexicana y surgió a raíz del descubrimiento de importantes yacimientos mineros durante la época colonial. En ella se desarrollan actividades económicas que han dado como resultado una alta densidad de población. Ésta se distribuye en los sectores ocupacionales más diversos, desde la minería hasta los servicios, pasando por la producción artesanal, el comercio y una gran actividad artística e intelectual. Actualmente, es un importante centro económico, religioso y cultural, que la ha convertido en un destino turístico que conserva los rasgos de su esplendor minero. La religiosidad de sus pobladores se manifiesta en

* DEAS-INAH

las celebraciones que marca el calendario ritual, entre ellas se encuentra la dedicada a la virgen de Guadalupe el 12 de diciembre.

Esta es una fecha central, día de fiesta en el que el culto guadalupano alcanza su máxima expresión en todo el país, aunque no cuenta con el reconocimiento oficial que tuvo en otros tiempos.¹ Ese día las celebraciones lo abarcan todo; se adueñan del tiempo y del espacio en la capital del país y fuera de ella. Hay fiestas en los pueblos, fábricas, iglesias, en los barrios, los mercados y las casas.

El culto guadalupano es una de las manifestaciones más complejas y extensas de eso que llamamos religión popular; su amplia difusión alcanza todas las regiones de la República Mexicana y va más allá de sus fronteras. El apasionado fervor popular que se apropia de esta imagen la convierte en un símbolo cargado de diversos significados para cada sector social entre los que esta devoción adquiere distintos matices. Para muchos mexicanos la virgen morena es el símbolo de su identidad; para otros, la imagen sirve como factor de dominación, ya que se le manipula para someter al pueblo.

Aunque se le vea desde tan distintos puntos de vista, es innegable que la devoción por la virgen de Guadalupe fue desde sus orígenes algo eminentemente popular, se nutrió desde un principio con los sentimientos de los indígenas y de los criollos que veían en ella su propia imagen. En la actualidad como entonces se le ve como madre de los oprimidos y de los desamparados, y se acude a ella en busca de consuelo y protección.

La veneración hacia la guadalupana surge al igual que otras creencias como resultado de una situación histórica. Su origen se encuentra, por una parte, en el culto que se rendía en el México prehispánico a las diosas madres, símbolos de fecundidad y destrucción, madres-virgenes asociadas a la tierra y a la reproducción, que encerraban en sí mismas la dualidad vida-muerte. A ellas se les pedía buenas cosechas, lluvias y ayuda para la siembra. El culto a los cerros relacionado con la fertilidad de la tierra estaba vinculado con estas diosas: Coatlicue, Cihuacóatl, Cihuatetéotl, Tlazoltéotl y otras deidades femeninas. Después de la derrota del pueblo azteca, se levantaron iglesias cristianas sobre las ruinas de los adoratorios, y el santoral católico se mezcló con el ritual indígena, superponiendo ritos, festividades, calendarios y formas de culto de vencedores y vencidos.

Por otra parte, con la conquista española llegó a México el culto mariano al que la Iglesia de la contrarreforma había dado nuevo impulso como a muchas otras prácticas piadosas suprimidas por las reformas protestantes. [Gonzalbo Aízpuru, 1994: 106] Se promovió la devoción a la Madre de Dios bajo sus distintas advocaciones: la Inmaculada Concepción, Nuestra Señora de Loreto, Covadonga y la virgen de Gua-

¹ El 12 de diciembre de 1828 el Congreso declaró que este día fuera de fiesta, y Benito Juárez lo ratificó en 1858 como día de la virgen de Guadalupe.

dalupe de Extremadura, cuyas imágenes se encontraban representadas en todas las formas: esculturas, pinturas, estampas y medallas. La devoción a estas imágenes de María fue promovida por encima de cualquier otra práctica religiosa, especialmente por los jesuitas, quienes contribuyeron de manera esencial al desarrollo del culto guadalupano en la época colonial.

El culto a la virgen de Guadalupe en México, de acuerdo con la tradición cristiana, se atribuye a las apariciones de la virgen María ante Juan Diego, que tuvieron lugar del 9 al 12 de diciembre de 1531, en el cerro del Tepeyac. Dicha tradición afirma que Juan Diego, indio originario de Cuautitlán, fue elegido para ser el mensajero encargado de llevar una señal del amor de la Madre de Dios, al pueblo oprimido por los conquistadores.

Entre las relaciones más antiguas sobre las apariciones de la virgen del Tepeyac se encuentra la que se atribuye a Antonio Valeriano, escrita en 1540 y traducida por Luis Becerra y Tanco. En ella se refiere que en la madrugada del sábado 9 de diciembre de 1531, iba Juan Diego camino de Tlatelolco rumbo al convento franciscano en el que tomaba las enseñanzas necesarias para recibir el bautismo, cuando por primera vez vio a una hermosísima señora “cuyo ropaje brillaba tanto que hiriendo sus esplendores en los peñascos brutos que se levantan en la cumbre del cerrillo, le parecieron piedras preciosas labradas y transparentes [. . .]”. La misteriosa aparición lo llamó con una voz dulce y suave “en el idioma mejicano, [. . .]” Hijo mío, Juan Diego, a quien amo tiernamente. Después de preguntarle a dónde iba, le anunció que ella era la Madre de Dios y que deseaba se le construyera un templo para desde ahí mostrar su amor y compasión a los naturales y a quienes solicitaran su amparo; también desde ahí oíría sus lágrimas y ruegos y les daría consuelo y alivio.

Enseguida le pidió que hablara con el obispo y le contara lo que había visto y escuchado. Entonces Juan Diego se dirigió al Palacio de fray Juan de Zumárraga, primer arzobispo de México, para dar testimonio del deseo de la virgen acerca de tener un santuario en el que se pudiera quedar y ser venerada por su hijos “más humildes”. Al principio el obispo Zumárraga se mostró escéptico ante el relato del indio, ya que los franciscanos temían que los resabios de lo que ellos consideraban idolatría y cosas del demonio, se mezclaran con las prácticas cristianas y se creara la confusión en la población recién evangelizada. Por ello le solicitó una prueba de la veracidad del mensaje enviado por la misteriosa aparición.

En su segundo encuentro con la virgen, Juan Diego le relató lo sucedido, rogándole que eligiera a alguien “noble y principal” [*idem*:6] para que la representara ante el obispo. La señora le insistió en que fuera él quien se hiciera cargo de transmitir su petición, y Juan Diego obedeció una vez más llevando su mensaje a fray Juan de Zumárraga. Éste no se convenció de lo que el indio le contaba, por lo que le pidió que le llevara una señal. Juan Diego regresó por el mismo camino dispuesto a obe-

decer, y se encontró de nuevo con la virgen, quien además de tranquilizarlo le prometió entregarle la señal que exigía el obispo.

Al día siguiente, Juan Diego no pudo cumplir con lo que le fue encomendado por la Señora del Tepeyac, porque al llegar a su pueblo encontró enfermo a su tío Bernardino, quien lo envió por un médico y un sacerdote para ayudarlo en su enfermedad que le hacía sentir la cercanía de la muerte. Juan Diego se dispuso a buscar un remedio para la enfermedad de su tío y un sacerdote que le administrara la extrema unción lo antes posible, por lo que trató de evitar el encuentro con la aparición. Sin embargo, ella lo encontró y le habló por tercera vez. Juan Diego avergonzado le pidió perdón por no haber seguido sus indicaciones y la saludó prometiendo volver para cumplir con su encargo. La señora del Tepeyac lo escuchó apaciblemente y le contestó con estas palabras: "Oye, hijo mío, no te moleste ni te aflija cosa alguna, ni temas enfermedad, ni otro accidente penoso, ni dolor. ¿No estoy yo aquí que soy tu Madre? ¿No estás debajo de mi sombra y amparo? ¿No soy yo vida y salud? [. . .]". [*Idem.*:11] Enseguida lo tranquilizó acerca de la enfermedad de su tío, asegurándole que ya estaba sano.

Ante esta actitud, Juan Diego se sintió tranquilo y se ofreció para cumplir con el encargo de llevar una señal de su presencia al obispo de Tlatelolco. Entonces la virgen le indicó que subiera a la cumbre del cerro y cortara unas rosas como prueba de su origen celestial. El indio obedeció pese a sus dudas de que en ese lugar hubiera flores en pleno diciembre; y para su asombro encontró la cumbre del cerro coronada de rosas de castilla frescas. Llenó con las flores su "tilma"² y regresó a hablar con la señora. Ésta le indicó que buscara al obispo y le entregara las rosas sin dejar que nadie más las viera hasta estar en su presencia. Al llegar al palacio del obispado aún tuvo dificultades para ser recibido, y cuando por fin estuvo ante fray Juan de Zumárraga, dejó caer la tilma llena de rosas, y al abrirla ante el obispo la imagen guadalupana quedó milagrosamente plasmada en ella.

Al ver el prodigio de las rosas frescas y la imagen pintada en la manta, el obispo y sus acompañantes se postraron y le rindieron veneración; luego éste desató la manta del cuello de Juan Diego y colocó la imagen en su oratorio. Al día siguiente solicitó al indio que le mostrara el lugar donde la Santísima Virgen había pedido que se le edificara un templo. Después Juan Diego solicitó permiso para ir a ver a su tío enfermo, y el obispo lo envió acompañado de algunos de sus servidores para constatar la curación milagrosa de Juan Bernardino, quien también había visto la aparición.

Al correr las noticias del primer milagro realizado por la virgen, quien quiso que se le llamara Santa María de Guadalupe, mucha gente acudió a venerarla al palacio

² *Tilma o ayate*: manta de fibra de maguey que se usa atada al cuello para transportar la cosecha u otra carga.

episcopal, por lo que fue trasladada a la iglesia mayor, donde estuvo hasta que se le construyó la primera ermita a la que se le llevó con "procesión y fiesta solemne". [Idem.:16] Desde entonces esta imagen fue colocada en el pequeño templo donde estuvo antes la virgen de Guadalupe de Extremadura, traída por Hernán Cortés y venerada por sus soldados extremeños. Por el lado de los colonizadores, la devoción guadalupana se remonta al año 600 d.C. cuando una imagen de la virgen María fue enviada como regalo del Papa San Gregorio a San Leandro, la cual empezó a ser venerada en Cáceres, Extremadura, y cuyo santuario fue bautizado, así como la imagen, con el nombre de Guadalupe. [Rodríguez, 1980]

El vocablo Guadalupe compuesto de dos palabras es de origen árabe y puede traducirse como río escondido, oculto, y referirse a un río que cruzaba esos parajes, o como río de lobos si se acepta que la segunda parte del vocablo está en latín.

La imagen así bautizada era muy antigua y su devoción se extendió a toda la comarca. Durante la ocupación árabe fue enterrada por unos sacerdotes para protegerla, luego fue descubierta por un pastor en el siglo XII, esto se consideró como un milagro y se le atribuyó al santuario un origen sobrenatural, como en otros casos similares.

En el siglo XV la devoción a la morenita de Huercas se extendió por toda Europa y llegó a los rincones más apartados de España, lo que convirtió su santuario (de Cáceres) en un centro cultural y artístico considerado como templo de la Hispanidad. [Ob. cit.:14] Por tanto no resulta sorprendente que Hernán Cortés la trajera consigo al iniciar su empresa de conquista en las tierras recién descubiertas.

Siguiendo el patrón de la imposición del culto católico sobre las creencias indígenas, se eligió el antiguo adoratorio para colocar ahí la imagen de la virgen María, y posteriormente la figura plasmada en el ayate de Juan Diego, lo que hizo surgir una devoción popular en la que se combinaron creencias antiguas y nuevas.

Al principio esta devoción no fue del agrado de la Iglesia y durante muchos años fue censurada por los miembros del clero secular, principalmente los franciscanos que vieron en ella un fuerte contenido idolátrico, lo que les hacía temer que la veneración a la guadalupana fuera nociva para los indios que estaban siendo catequizados. A pesar de las censuras y discusiones entre las órdenes religiosas y el clero secular más dispuesto a condescender, la devoción guadalupana fue creciendo sobre todo entre los más humildes, como que "no era cosa de intelectuales, sino del pueblo" [De la Maza, 1953:124]; se nutrió de los sentimientos de los indígenas y los mestizos que se reconocían en ella, además de que éstos fueron los que sostuvieron la capilla con sus limosnas, mientras que el santuario de los Remedios recibía fondos de la Iglesia y de los poderosos de la época. Para fines del siglo XVI, la devoción ya estaba muy arraigada entre la población. Los indígenas le llevaban ofrendas y comida, y algunas familias españolas acudían también a orar.

Al principio el culto guadalupano se vinculó con la evangelización de los indígenas, y más tarde se fortaleció cuando los criollos empezaron a hacer la distinción entre lo mexicano y lo español. Desde entonces la virgen de Guadalupe tuvo un papel profundamente imbricado con la historia de México. En las batallas libertarias la enarbolaron Miguel Hidalgo y Morelos. También estuvo presente en la lucha por la tierra con Zapata y Villa, y sirvió como elemento de cohesión de los grupos campesinos durante la revolución.

Su papel como emblema ha sido muchas veces contradictorio y antagónico, pues ha sido utilizada por grupos de intereses opuestos que desean aglutinar al pueblo en torno a ella. Su fuerza fue evidente durante la guerra de los cristeros, cuando éstos se levantaron con la más antigua de las banderas nacionales que lleva en el centro la imagen de la guadalupana y fue la bandera de la lucha por la Independencia.

Actualmente, se le utiliza como símbolo de diversos movimientos políticos. Eliminada de la simbología oficial, continúa formando parte de procesos importantes y representa todavía la unidad de muchos grupos que se reúnen alrededor de ella, identificados por su grupo étnico, sus condiciones de trabajo, sus ideas o sus sentimientos. Como resultado de este proceso, la imagen guadalupana ha sufrido todas las transformaciones posibles y se encuentra en todas partes, desde su lugar privilegiado en la Basílica del Tepeyac hasta en una pequeña ermita, en tiendas y mercados y en galerías de arte.

La virgen de Guadalupe ha sido llevada al altar familiar, al patio de la vecindad, al cine y la televisión, a los taxis y a las calles donde se coloca su imagen para que la gente no tire basura. Se le puede ver en ranchos y pulquerías. La Reina de México y Emperatriz de América se encuentra lo mismo en el altar mayor de la Basílica de Guadalupe que en el patio de una vecindad, en el comedor de una empresa, en el interior de un taxi, en el túnel de una mina, o en una marca de jabón. La devoción a la virgen del Tepeyac es posiblemente la más importante y variada de todas las formas de veneración que han surgido en el catolicismo mexicano.

La virgen de Guadalupe es considerada madre de Dios y madre nuestra, protectora de los oprimidos y los desamparados, pues no en balde se presentó así al indio Juan Diego. El apasionado fervor popular que se manifiesta por ella la ha convertido en un símbolo que tiene muchos significados y se adapta a todas las necesidades de sus fieles, mostrando la relación a la que Carlos Monsiváis se refiere cuando afirma que la guadalupana es:

Una virgen a la medida exacta de las necesidades de su pueblo, es real y mitológicamente origen y tierra firme de una religión nativa, cuyo sincretismo obsesivo no confía al disimulo sus combinaciones de dioses nuevos y antiguos. [Monsiváis,1984:1]

Por otro lado, su imagen manipulada por intereses ajenos al pueblo ha sufrido un proceso de secularización que la ha difundido a niveles masivos en millones de productos que se publican con su representación. Aparece en medallas, estampas, llaveros, calcomanías y bolsas de sabritas. Se editan discos cassettes, videos y libros sobre ella. Su historia se filma una y otra vez para el cine y la televisión.

La amplia difusión de este culto abarca todas las clases sociales y los más diversos sectores de la población. De este proceso ha surgido una devoción regida por la iglesia católica y muchas formas de culto diferentes y, a veces, antagónicas al promovido por esa institución.

La forma en que se celebra la festividad del 12 de diciembre en Guanajuato es una de las muchas manifestaciones de esta veneración. Aunque en esta ciudad el culto guadalupano parece estar en un plano menos importante que la devoción a la virgen de Guanajuato, patrona de la ciudad y de los mineros, la fiesta guadalupana es una de las más importantes del calendario religioso y ese día congrega a un gran número de peregrinos procedentes de la ciudad y de sus alrededores.

Su santuario se encuentra en un cerro al que se sube por la calzada de Guadalupe. Se parte del centro de la ciudad en donde se encuentra la Basílica dedicada a la virgen de Guanajuato, cuya presencia en este lugar se atribuye a un hecho sobrenatural como en el caso de otras a las que se les considera imágenes resurgentes porque comparten la característica de haber sido descubiertas de manera milagrosa después de haber permanecido ocultas, enterradas o guardadas por mucho tiempo.

La virgen de Guanajuato preside el mercado más importante de la ciudad, y su imagen se encuentra en todas partes. Aquí podemos encontrar una relación entre las imágenes semejante a la que Solange Alberro analizó en su trabajo "Remedios y Guadalupe: de la unión a la discordia". Como la virgen de los Remedios, la de Guanajuato se distingue de la de Guadalupe por ser una Madonna, mientras que la segunda es una Inmaculada Concepción. También como la de los Remedios disputa mayor antigüedad que la Guadalupana mexicana, pues según se dice, esta imagen es la más antigua de las que se veneran en el Nuevo Mundo. [Díaz Sánchez, 1998: 45] Su origen se sitúa en España en el siglo VII de la era cristiana en la ciudad de Santa Fe de Granada, de donde fue enviada a Guanajuato después de haber estado oculta bajo tierra muchos años, como la de Guadalupe de Cáceres, de ahí su consagración como protectora de la ciudad y patrona de los mineros. Como la virgen de los Remedios es combativa y recibió el título de Generala, a diferencia de la morenita del Tepeyac que es sobre todo una madre amorosa para sus hijos mexicanos, y al igual que en el caso estudiado por Alberro se les atribuyen funciones distintas, lo que podría llevar a pensar que existe una concepción opuesta en lo que se refiere a las vírgenes españolas frente a la virgen de Guadalupe en su advocación "mexicana". Esta manera de verlas dio como resultado distintos matices en la devoción ha-

cia ellas, lo que en el caso de Guanajuato se manifestaría como un guadalupanismo menos intenso que la devoción a la imagen de origen granadino.

Puede ser que la explicación a estas actitudes se relacione con el origen de la ciudad que no fue fundada sobre un asentamiento indígena importante como en el caso de la ciudad de México, sino que surgió en una región limítrofe del área mesoamericana, ocupada por indígenas semisedentarios como los pames, guachichiles y guamares que poblaban esas tierras inhóspitas. Ahí nació la ciudad de Guanajuato como un Real de Minas de un conjunto de fortines militares en cuyos alrededores se fueron levantando otras construcciones de las que partió toda la urbanización de la ciudad. [*Ob. cit.*:1] La población de la ciudad fue y sigue siendo más mestiza que indígena, y quizá por esta razón conserva las tradiciones religiosas de origen español más fuertemente arraigadas que otras regiones del país.

El 12 de diciembre la celebración en honor de la virgen de Guadalupe en la ciudad de Guanajuato contrasta por su sencillez casi recatada, con la que tiene lugar en la Basílica de Guadalupe de la ciudad de México, en donde, además de las multitudes de peregrinos que llegan procedentes de todo el país, intervienen los espectáculos organizados por la televisión comercial.

En esta festividad predomina lo afectivo y lo cotidiano sobre la solemnidad. En contraste con la actitud de algunos peregrinos que llegan a la Basílica de Guadalupe mostrando sus miserias, aquí se ve sobre todo la alegría y el disfrute. No se ven penitentes lacerados por silicios o gente avanzando penosamente de rodillas hacia el santuario, la mayor parte de los peregrinos llegan en pequeños grupos familiares en los que predominan los niños, muchos tan pequeños que son llevados en brazos por sus padres.

La gente sube caminando tranquilamente por la calzada que conduce al santuario sin prisas ni empujones, o llega por las calles serpenteantes que caracterizan a esta ciudad minera. En ciertos momentos la afluencia es mayor y los peregrinos ocupan toda la calzada.

Para asistir a esta celebración se empieza por comprar los trajes de "inditos" o de vírgenes guadalupanas que los niños y niñas y algunas mujeres adultas visten ese día para subir al santuario con sus ofrendas. Los trajes indígenas, los huaraches, las canastas y los huacales que llevan los niños ese día se pueden adquirir en el jardín del *Cantador*, donde se instala un mercado de adornos navideños y algunos puestos de ropa. Todo esto convierte la celebración en una verdadera fiesta en la que los pequeñitos llevados en brazos lucen sus caritas pintadas con chapas rojas o negros bigotes sobre las mejillas redondas, sus aretes y adornos, los jorongos de jerga y los mantos tachonados de estrellas que no siempre alcanzan a protegerlos del frío de diciembre que enrojece también sus rostros. Las frutas y verduras se consiguen en el mercado y con ellas se llenan los huacales y canastas que llevarán los pequeños, cu-



FOTOGRAFÍA I
(Foto de la autora)

FOTOGRAFÍA II
(Foto de la autora)





FOTOGRAFÍA III
(Foto de la autora)

FOTOGRAFÍA IV
(Foto de la autora)





FOTOGRAFÍA V
(Foto de la autora)

FOTOGRAFÍA VI
(Foto de la autora)



yos atuendos recuerdan la celebración que se hace en otros lugares el Jueves de *Corpus*.

Desde la noche anterior la calzada que conduce al santuario se llena con puestos en los que se vende sobre todo alimentos: pozole, enchiladas, tamales y menudencias que compiten con *pizzas*, donas, pasteles y buñuelos. En la subida al santuario se encuentran grandes cantidades de cañas traídas de Veracruz, naranjas de la zona templada y piñones de la sierra. También hay unos cuantos puestos de ropa en los que venden sobre todo pasamontañas, guantes y bufandas que pueden ser muy útiles si el frío arrecia. Algunas personas ofrecen productos artesanales, como canastas, cazuelas, máscaras y caballitos de cartón, que hacen sucumbir a los padres ante las demandas infantiles. A lo largo de la subida al santuario se colocan algunas escenas de fondo para la obligada fotografía de los pequeños peregrinos y entre la multitud se desplazan vendedores con juguetes de hule espuma, globos y adornos que ponen una nota más de color en esta fiesta. En contraste con lo que sucede en la Basílica de Guadalupe, aquí ni por ser la fiesta de la virgen de Guadalupe se expenden objetos religiosos. No hay puestos con imágenes, rosarios o estampas, salvo las que las religiosas ofrecen a los peregrinos dentro de la Iglesia como retribución por las limosnas que entregan, o las imágenes de la virgen que llevan los peregrinos como estandarte o en cuadros para bendecir.

Por la mañana empiezan a llegar, en grupos o solos, los integrantes de los grupos de danza que bailan durante el día en honor a la virgen. Las danzas que se presentan son las de concheros que aquí se conocen como apaches, las de matachines y también suelen presentar la del torito que pone, junto con las bromas de los *travestis*, la nota divertida en la pequeña plazoleta donde no caben más de dos grupos a la vez. Estas danzas se ejecutan por el lapso de unas horas sin que parezca haber ninguna solemnidad en torno a ellas, no hay velación, ni preparativos especiales. Los participantes llegan con su ropa normal; los más jóvenes con shorts y tenis, los penachos los traen puestos o colgados en la espalda con aparente descuido. En este mismo sitio se cambian de ropa y comienzan a bailar.

A lo largo del día están llegando los grupos familiares, las bandas escolares y militares que cumplen su promesa de llevar su música a la Guadalupeña. La otra música, la comercial, se oye desde la noche anterior y durante todo el día, a todo volumen para anunciar los puestos donde se venden los discos y *cassettes*.

Los peregrinos suben al santuario y van entrando en filas apretadas para recibir los dones y bendiciones y cumplir con su manda. De la iglesia salen por la sacristía y ahí entregan sus dádivas a las hermanas del Buen Pastor, religiosas de una orden mendicante que tiene a su cargo el santuario y algunas obras de carácter social. Las religiosas auxiliadas por jovencitas clasifican las verduras y las frutas que la gente les entrega en el claustro anexo a la iglesia, donde se van formando los montones de

coles, rábanos, naranjas plátanos, zanahorias, cajas de huevos y flores, que serán repartidos al día siguiente entre los pobres de la ciudad y de los alrededores. Después de dejar su ofrenda, la gente sale por la puerta lateral de la iglesia, y muchos se detienen a comer en los puestos que ahí se encuentran. En el transcurso del día se acordona la calle para dar paso a algunos corredores que suben al santuario en cumplimiento de alguna promesa.

Al anoecer la celebración culmina con la llegada de otros peregrinos que vienen a caballo con sus trajes de charros y sus pendones, obteniéndose así un espectáculo para la gente que se arremolina para verlos pasar, agolpándose en las escalinatas de la universidad o a los lados del camino. Con esto termina lo más importante de la celebración, aunque siguen llegando grupos de peregrinos con sus pequeños, que aún conservan los dobleces de la ropa nueva en sus trajes de fiesta y las ofrendas que suben a dejar al santuario para cumplir con este rito que ha quedado ya fuera del calendario oficial, pero no por ello deja de cumplirse año tras año.

Al caer la noche la afluencia de visitantes disminuye notablemente, y algunos vendedores recogen sus puestos, mientras los empleados de la presidencia municipal inician la limpieza de la calzada, y la basura acumulada desaparecerá como por arte de magia bajo sus escobas, abriendo de nuevo el paso a los vehículos que circulan de manera inexplicable por las estrechas calles de la ciudad.

A la mañana siguiente, muy temprano, los más pobres, que en este caso vienen de los barrios más altos o de las rancherías cercanas, acuden a la iglesia y se forman frente a la pequeña puerta por la que salieron los peregrinos el día anterior, después de haber dejado sus dádivas. Las hermanas del Buen Pastor cierran este ciclo de generosidad, entregando a los más desposeídos costales de fruta o verduras, cartones de huevo y flores, a nombre de la virgen, cuyo amor promueve la dádiva que reciben llenos de alegría.

Así termina esta festividad en honor de la virgen de Guadalupe en la que destaca el cumplimiento de una obligación con la que se le rinde homenaje mediante un acto de solidaridad que se da en medio de una fiesta en la que la alegría predomina sobre la solemnidad. Con esta peregrinación los habitantes de la ciudad participan en un acto colectivo en el que se cumplen objetivos más humanos que sagrados, aunque la presencia de lo sagrado se hace patente en la procesión que entra a la iglesia para oír misa, tal vez expiar algunas culpas, entregar sus ofrendas y cumplir con un rito que se integra de manera natural a la vida cotidiana. La sencillez de la celebración muestra una de las muchas formas del culto que se rinde a una imagen portadora de múltiples significados, relacionada, sobre todo, con lo afectivo y lo cotidiano, y en la que muchos mexicanos reconocen su identidad.

El carácter lúdico que predomina en esta celebración es una manifestación de la creatividad popular que adapta los símbolos a su realidad y circunstancias, crean-

do y recreando los significados de una devoción tan variada y profunda como el culto guadalupano. Éste se transforma de acuerdo con la realidad de cada sector de la población y da origen a las múltiples expresiones a las que Carlos Monsiváis hace referencia en su artículo sobre la virgen de Guadalupe, cuando afirma: "Además de un acto de fe masiva y un espacio para el dolor y el desamparo, la guadalupana es el acto de fundación del arte popular en México". [Monsiváis:1984]

BIBLIOGRAFÍA

Alberro, Solange

1994 "Remedios y Guadalupe: de la unión a la discordia", en García Azlurdo, Clara y Manuel Ramos Medina (coords.), *Manifestaciones religiosas en el mundo colonial americano*, vol. 2, G y G, Encuadernaciones, México.

Cordoba Montoya, Pedro

s/f *Religiosidad popular, arqueología de una noción polémica*, material inédito para seminario.

De la maza, Francisco

1953 *El guadalupanismo mexicano*, Porrúa y Obregón, S.A., México.

Díaz Sánchez, Luis Fernando

1998 "La traza novohispana y el origen de Guanajuato", en *Folios*, núm. 8, Centro de Investigaciones Humanísticas de la Universidad de Guanajuato, Guanajuato.

García, Icazbalceta

1896 *Carta acerca del origen de la imagen de Nuestra Señora de Guadalupe* (sin editorial), México.

Giménez, Gilberto

1998 *Cultura popular y religión en el Anáhuac*, Centro de Estudios Ecuménicos, México.

Gonzalbo Aízpuru, Pilar

1994 "Las devociones marianas en la provincia de la Compañía de Jesús"; en *Manifestaciones religiosas en el mundo colonial americano*, vol. 2, CONDUMEX/INAH/UIA, México.

Lafaye, Jean

1977 *Quetzalcóatl*, Fondo de Cultura Económica, México.

Loreto López, Rosalba

1994 "La fiesta de la Concepción y las identidades colectivas, Puebla (1619-1636)", en *Manifestaciones religiosas en el mundo colonial americano*, vol. 2, CONDUMEX/INAH/UIA, México.

Monsiváis, Carlos

1984 "La virgen de Guadalupe y el arte (necesariamente popular)", en *Imágenes Guadalupeanas en el arte mexicano*, Programa Cultural de las Fronteras, SEP-CULTURA, Tijuana, Baja California.

Ravelo, Renato

2000 "El águila y la serpiente es un signo que devino catalizador mítico", en *La Jornada*, miércoles 14 de junio, México.

Rodríguez, Mauro

1980 *Guadalupe historia o símbolo*, Editorial S.A., México.